

LA NOTICIA

Lo que tiene el pánico es que envilece la escena. Da igual la primavera que la habite. Árboles incipientes de vida, de brotes verdes y piel rugosa; mimosas donantes de recuerdos infantiles en cada inspiración; calas convertidas en refugio de insectos. Los ríos, brutos, aceptan en su cauce hasta sobrepasar sus límites a los millares de copos de nieve que meses atrás te helaron hasta la mirada. Incluso el alboroto que nace de los nidos aferrados a las ramas mientras son golpeadas por viento del sur. Todo. Todo desaparece al oír esas palabras. Abrir los ojos y tener que frotarlos en un intento desesperado por volver atrás. Aspirar hasta marearte para sentirte viva. Te aferras a las paredes del pozo para no caer en el fondo que recuerdas fangoso y oscuro. Pero no hay donde agarrarse. Todo es rasposo y húmedo. Frío. Negro. Sabes lo que tienes que hacer. Lo has hecho antes. Te dejas caer. Permites que se te hielen las venas. Que el olor a podredumbre se te agarre al estomago. Que el silencio te ensordezca. Y es entonces, sólo entonces, cuando las sombras te indican la salida. Porque si hay sombras hay luz. Y la sigues, te arrastras, gateas. Coges esa rama llena de brotes con fuerza. Duele, pero ya estás de pie. Ves las mimosas, respiras, vuelves a ser la niña, la inocente, la que coge calas con la abuela. La página en blanco, la que tiene todo por escribir. Es primavera, y él, el pánico, no tiene nada que hacer contra ella. Ni contra ti.

Maidier Molina Fernandez